

## La pediatría como disciplina cultural y social\* *Pediatrics as cultural and social discipline*

Dr. Miguel de Asúa<sup>a</sup>

<http://dx.doi.org/10.5546/aap.2012.231>

En su libro *La pediatría, medicina del hombre* (1966) reeditado por la Sociedad Argentina de Pediatría (SAP) en una colección dirigida por Teodoro F. Puga, Florencio Escardó afirmaba, rotundamente, que: "La medicina es una actividad cultural [...] un ejercicio cultural de la inteligencia". Escardó hablaba de la medicina y pensaba, claro, en la pediatría. *Porque si bien toda la medicina posee dimensiones culturales y sociales, en el caso de la pediatría estos factores son constitutivos*. Este es nuestro tema y vamos a enfocarlo mediante la consideración de tres momentos críticos en el desarrollo de la pediatría: su *constitución* en el siglo XVIII, su *consolidación o cristalización* como especialidad en la primera década del siglo XX y su *expansión* a mediados de dicho siglo.

### La idea de la infancia y la constitución de la pediatría

Si consideramos el origen histórico de la pediatría, debemos entenderla como una especialidad (aunque esto no sea totalmente exacto). A diferencia de las especialidades quirúrgicas y médicas, que se organizaron en torno a un instrumento o la patología de un aparato o sistema, la pediatría se definió como la clínica de un período en el curso vital del individuo. Esto es, su definición se funda de manera intrínseca en la temporalidad del organismo humano. El tema de las edades del ser humano ha sido una constante en la cultura antigua y medieval y hubo varios esquemas de periodización

(tres, cuatro o siete edades del hombre o la mujer). Estos ensayos de fijar momentos en la vida fueron el telón de fondo conceptual de una medicina que se ocupa de sus primeras etapas.

Es característico de la literatura sobre medicina de niños de la época premoderna que haya estado concentrada en el recién nacido y asociada al manejo del parto. Por ejemplo, en la Grecia clásica hubo textos como el tratado "Sobre la dentición" del *Corpus Hippocraticum* y la *Ginecología* de Sorano, del siglo II de nuestra era, que contienen abundante material sobre el niño recién nacido. En el Islam medieval, Rhazes escribió un tratado sobre enfermedades de los niños y en otro distinguió entre la viruela y el sarampión.

Hacia el final de la Edad Media aparecieron los incunables pediátricos (libros publicados entre la invención de la imprenta y el año 1500). El primero y más conocido es el de Pietro Bagellardo, *Sobre las enfermedades y los remedios de la infancia* [*De infantium aegritudinibus et remediis*] (Padua, 1487 [1472]), pero hay otros. Este florecimiento de literatura sobre medicina infantil acompañó la preocupación del Humanismo europeo por la educación de los niños. Fue en el curso de la primera mitad del siglo XV, que el famoso arquitecto Brunelleschi construyó en Florencia el *Spedale degli Innocenti*, considerado el primer hospital pediátrico en occidente (aunque en Bizancio, hubo hospitales e instituciones de protección a la niñez).

a. CONICET-UNSAM-ANCBA.

Correspondencia:  
Dr. Miguel de Asúa:  
mdeasua@retina.ar

Conflicto de intereses:  
Ninguno que declarar.

Recibido: 22-2-2012  
Aceptado: 23-2-2012

\* Conferencia inaugural del Congreso del Centenario de la Sociedad Argentina de Pediatría. Buenos Aires, septiembre de 2011.

Todos estos son antecedentes en la instauración de la pediatría. Importantes, sí, pero solo *antecedentes*, ya que la constitución de la pediatría como tal coincide con el afianzamiento de la idea de la niñez, a fines de la Modernidad. Exploremos esta cuestión un poco más.

En 1960, un historiador francés, Philippe Ariès, publicó un libro que tuvo una enorme repercusión: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen* [*L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*] (traducido al castellano en España casi tres décadas después de su aparición). Ariès sostenía que lo que él llamaba “el sentimiento de la infancia” apareció en la Edad Moderna. Durante la Edad Media, el niño pasaba bruscamente a ser adulto a los siete años, mientras que con la paulatina aparición de la escuela y la educación escolar, habría surgido una larga etapa de transición que luego constituiría la niñez. Esto se habría acompañado de la lenta y progresiva transformación de la familia de tipo medieval en la familia burguesa, que a la larga resultaría en la familia nuclear estructurada sobre la base de los afectos, la ternura y el cuidado de los niños. Es casi un lugar común que en la Edad Media se representaba a los niños como adultos en miniatura –éste es uno de los argumentos principales de Ariès, que más tarde fue puesto en cuestión. Por cierto, una buena parte de la iconografía del niño en la Edad Media responde a lo analizado por Ariès, pero también hay imágenes en las que los niños son representados como tales– dentro de las convenciones de representación visual de la época, por supuesto.

El libro sobre la infancia de este historiador social francés fue seguido por obras de otros autores que argumentaban en el mismo sentido, como por ejemplo *El nacimiento de la familia moderna* [*The making of the modern family*] de Edward Shorter (1976), donde se afirma que “el buen maternaje es una invención de la modernidad”. En conjunto, esta literatura sostenía que la infancia surgió como sentimiento o idea en algún momento de los tiempos modernos.

Pero a comienzos de la década de 1980 el péndulo comenzó a oscilar hacia el otro lado, hacia la continuidad. La historiadora inglesa Linda Pollock, en su libro *Los niños olvidados* [*Forgotten Children: Parent-Child Relations from 1500 to 1900*] (1983), también traducido al castellano, va en contra de la afirmación que la niñez es una invención o “un artefacto de la modernidad” y sostiene que “el cuidado parental no cambió mucho desde fines del siglo XVI hasta la fecha”.

¿Qué pensar, ante estas opiniones encontra-

das? ¿Hubo ruptura e “invención” de la infancia o continuidad? Ya pasó medio siglo desde la aparición del libro de Ariès. Como balance y síntesis, creo que su intuición central es relativamente válida, aunque habría que atenuarla bastante. Hay consenso entre los especialistas en que durante la Edad Moderna hubo un cambio en la manera en que el niño era mirado y criado, si bien estos cambios no fueron tan drásticos como se los planteó originalmente. Más aun, historiadores sociales como el inglés Hugh Cunningham modulan esta afirmación y postulan que hubo varios cambios, múltiples imágenes de la niñez que todavía conviven con nosotros (*The invention of childhood*, 2006). Por mi parte, creo que la historia de la pediatría confirma la interpretación que ve el final del siglo XVIII como un punto de inflexión importante en nuestras ideas sobre la niñez. Porque fue precisamente en ese momento cuando aparecieron los primeros tratados de pediatría. En 1764, se publicó lo que se considera el primer tratado moderno de pediatría, escrito por el sueco Nils Rosén von Rosenstein: *Las enfermedades de los niños y sus remedios*, el cual fue seguido por otros, como el de George Armstrong (1767) o el de Michael Underwood (1784), quizás el mejor texto pediátrico del siglo XVIII.

Todo esto ocurrió durante la Ilustración, ese movimiento de ideas del siglo XVIII que aspiraba a reformar la sociedad sobre la base de principios racionales y seculares. La salud, el bienestar, en fin, la educación moral y física de la niñez fueron temas y preocupaciones característicamente ilustrados. En este período comenzaron los intentos de reeducación de niños discapacitados. Jean-André Venel instaló en 1780 en Suiza el primer instituto ortopédico y el abate Charles-Michel de l'Épée, abrió en París en la década de 1760 la primera escuela para niños con trastornos de la audición (gratuita y abierta). Si existió algo de ese fenómeno que dio en llamarse “la invención de la infancia”, habría que ubicarlo en este período.

Fue entonces cuando Rousseau publicó su *Emilio o sobre la educación* (1762), en el cual formula y difunde una noción de la infancia como una edad privilegiada, cercana a un mítico “estado natural” del ser humano. Aquí apareció la imagen romántica e idealizada de la infancia, que fue plasmada en muchas obras de arte y en la literatura y que en gran medida todavía nos es familiar.

Fue también durante esa época optimista que se multiplicaron las instituciones filantrópicas de protección de la niñez de cuño médico. Tomemos por caso la tradición filantrópica austríaca que por

diversos motivos fue particularmente fuerte. En 1744, se fundó el *Asilo de Niños* de Viena, en 1784 el emperador José II inauguró el *Hospital General* [*Allgemeines Krankenhaus*], que tenía una maternidad para madres solteras, orfanato y sistema de nodrizas en el campo, y en 1788 Joseph Mastalier estableció un consultorio para niños pobres, el *Kinderkrankeninstitut*, que a la larga se transformó en un hospital. Podríamos describir este fenómeno en otras capitales europeas.

En el Río de la Plata, a tenor de las reformas ilustradas borbónicas del siglo XVIII en el imperio español, el virrey Vértiz abrió la Casa de Expósitos en 1779, que cinco años más tarde pasó a estar a cargo de la Hermandad de la Santa Caridad, una institución religiosa de laicos que se ocupaba de la beneficencia. En 1817, siendo el Presbítero Saturnino Segurola su director, se nombró un médico –Juan de Dios Madera– y un boticario –Diego Gallardo–, los primeros profesionales de la salud estables en esta institución de beneficencia.

Mientras en este lejano rincón del planeta ocurrían estas cosas, en Europa los niños comenzaban a contarse entre las víctimas más sufridas de los estragos de la Revolución Industrial, como el *trabajo infantil*, resultado de la mecanización, y las *epidemias* que siguieron a la urbanización acelerada.

Fue en las muy insalubres ciudades de la primera mitad del siglo XIX que se sucedieron las fundaciones de hospitales pediátricos. El primero fue *L'Hôpital des enfants malades* de París, establecido en 1802, seguido por el hospital pediátrico de la *Charité* en Berlín (1830). A partir de entonces se fundaron hospitales para niños en todas las grandes capitales de Europa. En Inglaterra, el hospital pediátrico apareció tardíamente: el primero es de 1852. En los Estados Unidos tenemos el de Filadelfia en 1855, seguido por los de Boston y Nueva York en 1869. Poco después se fundó en Buenos Aires el Hospital de Niños San Luís Gonzaga (luego Gutiérrez). Su edificio definitivo, inaugurado en 1896, fue diseñado por Alejandro Christophersen, uno de los principales arquitectos argentinos, que ganó un premio por este diseño en la exposición internacional de Chicago.

Muchas de los hospitales de niños aparecieron como parte del sistema de beneficencia y filantropía, dentro del cual se operó un proceso paulatino de medicalización. Esto es muy evidente en la Casa Cuna, cuya transformación en hospital fue básicamente obra de Ángel Centeno, director de la misma entre 1900 y 1920 (significativamente, en 1905 la institución pasó a llamarse Hospital de Ni-

ños Expósitos). Este carácter fue consolidado por Pedro de Elizalde a partir de 1936.

Aunque el caso del Gutiérrez fue diferente, dado que fue concebido de entrada como hospital, de todas maneras operó también como una pieza dentro del sistema de beneficencia. La Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires fue la red más extendida de protección médica a la infancia en nuestro país. Entre 1852 y 1884 fundó 12 instituciones y hospitales y entre 1918 y 1930, no menos de 23 instituciones dependían de ella. Las Damas desarrollaron una notable capacidad de recaudación de fondos y un *know how* de gestión que les permitió manejar un gran número de instituciones de protección a la niñez. A la larga, todas ellas pasaron a la órbita estatal, a integrar el sistema médico-asistencial de lo que se ha dado en llamar el “Estado de bienestar” –la versión argentina del *welfare state*–.

Hubo otras sociedades de damas de beneficencia en las demás ciudades de nuestro país y, en Buenos Aires, el amplio y diversificado Patronato de la Infancia y las instituciones de protección a la infancia correspondientes a las colectividades extranjeras. Fue dentro de este vasto dispositivo benéfico y social que la pediatría institucional fue abriéndose paso, en lo que fue muchas veces un escenario de tensión entre las Damas y los organismos sanitarios del Estado, como el Departamento Nacional de Higiene.

En estos procesos, comunes a todas las ciudades de nuestro país, vemos como las instituciones asilares precedieron a las hospitalarias. El hospital, a su vez, fue siempre la condición de posibilidad institucional para el establecimiento de la cátedra. Es en Córdoba donde esta secuencia se advierte con más nitidez (*Tabla 1*).

Pasemos ahora al segundo momento de nuestra historia: la consolidación de la pediatría.

### **La protección a la infancia y la consolidación de la pediatría**

En ocasión de la celebración del cincuentenario de la SAP, Juan Pedro Garrahan afirmaba: “Hace cincuenta años, la pediatría, segregada ya completamente de la medicina interna del adulto, había alcanzado su plena madurez. Ello se debió a la influencia de la nueva conciencia social en pro del niño promovida por las renovaciones políticas del siglo pasado y el acelerado progreso de las ciencias”. Fue esta “conciencia social en pro del niño”, que mencionaba Garrahan, la que catalizó la consolidación de la pediatría como especialidad.

Durante la segunda mitad del siglo XIX la mortalidad infantil en Buenos Aires fue altísima, pero así de drástica fue su reducción. Un gráfico estadístico confeccionado por Araújo Alfaro en el año 1927, muestra cómo descendió de más del 190‰ en 1886 hasta 85‰ en 1926. Como ha sido establecido por otros autores, esta sostenida disminución de la mortalidad infantil en el período desde 1875 hasta la primera década del siglo XX fue debida a la construcción de las obras públicas atinentes a la salubridad (red de agua potable, red cloacal, puerto) y a las mejoras en la atención médica.

Mientras tanto, la pediatría se afirmaba cada vez más sobre una base científica, cuyas dos columnas fueron la bacteriología y la química de la digestión y la nutrición, dos ciencias cuyos referentes fundacionales, Pasteur y Liebig, eran químicos. Los primeros triunfos correspondieron a la bacteriología.

En una tabla del *Anuario Estadístico de Buenos Aires* de 1892, se presentan las cifras anuales de muertes infantiles por difteria entre 1884 y 1891. La más baja (253 muertes) corresponde a 1884 y la más alta (1385) a 1888. El total del período es de 6044. Para dar una idea del significado social de esta enfermedad, solo basta recordar que la primera aparición del niño en la literatura argentina es el cuento "Tini" de Eduardo Wilde, es decir, la historia de un niño que muere de crup diftérico. En los primeros años de la década de 1890 Behring y Kitasato en Alemania y Roux en Francia desarrollaron la anti-toxina diftérica. Muy pronto, a fines de 1894, el suero enviado por el propio Behring fue probado por José R. Semprún, con éxito, en tres niños en la Casa de Aislamiento de Buenos Aires (actual Hospital Muñiz).

Simultáneamente, durante la última década del siglo XIX, se sucedieron en Francia varias iniciativas de protección a la primera infancia: los consultorios de lactantes de Pierre Budin, el dispensario de Variot en Belleville y la Gota de Leche de Léon Dufour en un pueblito de Normandía, para distribuir leche pasteurizada y educar a las madres. Este sistema fue reproducido en nuestro país. En 1904, se instalaron en Córdoba y Buenos Aires sendas Gotas de Leche. La de Córdoba dependía de la Municipalidad y estuvo a cargo de Ernesto del Campillo hasta 1910. Más tarde, en 1915, se abrieron otras dos que dependían del Consejo de Higiene provincial.

En Buenos Aires, Enrique Foster también abrió su Gota de Leche, en el año 1904. Este movimiento prosperó. En 1908 se creó la Sección de Protección a la Infancia en la Asistencia Pública, y tres años más tarde se sancionó la ordenanza de protección a la primera infancia. La asistencia mensual a la cocina de lactantes de los siete dispensarios y cinco institutos de puericultura fue de aproximadamente 30 000 visitas para el primer semestre de 1917. En 1926 el sistema llegó a contar con 18 dispensarios para lactantes además de los cinco institutos, en los que había internación de la madre con el niño recién nacido.

Las altas tasas de mortalidad del período, la desnutrición, el trabajo infantil y las alarmantes cifras de abandono de niños demandaban respuestas. Es con este panorama de fondo que la puericultura se afianzó en nuestro país. En el prólogo a un libro de Enrique Feinmann, *La ciencia del niño* (1915), el pediatra Genaro Sisto, que alcanzó distinción en Europa y fue un importante promotor de la medicina escolar, la llamaba "la ciencia del momento". El mismo Feinmann se refería a la

Tabla 1. Medicalización pediátrica del dispositivo asilar de beneficencia en Argentina

	Asilo	Hospital	Cátedra
Buenos Aires	1779 (Casa de Expósitos)	1875 (San Luis Gonzaga) 1905 (Niños Expósitos)	1883 (Manuel Blancas)
Córdoba	1884 (Casa Cuna, Damas de la Sociedad de la Div. Prov.)	1892-1894 (Hospital de la Santísima Trinidad)	1894 (Alejandro Ortiz)
La Plata	1886 (Casa del Niño, Sociedad de Beneficencia)	1889-1894 (actual Sor María Ludovica)	1935 (Fernando Schweizer)
Rosario	1870 (Hogar de Huérfanos, Damas de Caridad)	1930 [Hospital de Niños e Instituto de Puericultura (actual Víctor J. Vilela)]	1921 (Camilo Muniagurria)

Elegí estas cuatro ciudades, debido a que en las mismas había Facultad de Ciencias Médicas.

pediatría y la puericultura como dos ciencias recientemente surgidas en el seno de la medicina y las asociaba con un “sentimiento popular” por el cuidado y la protección de los niños, manifestado en diversas expresiones culturales. La puericultura tenía un pie en la pediatría y otro en la higiene, lo que explica que muchos médicos se ocupaban de ambas. Aráoz Alfaro representa esta latitud de intereses.

Como vemos, la profesionalización de la pediatría en Argentina estuvo vinculada de manera íntima con el medio francés. En el año 1904, cuando se abrieron las primeras Gotas de Leche en Córdoba y Buenos Aires, apareció en París la segunda edición del *Tratado de enfermedades de la infancia* [*Traité des maladies de l'enfance*] de Grancher y Colby, en cinco volúmenes. Ya ha sido señalado varias veces que fueron nueve los argentinos que escribieron capítulos o secciones del mismo, además de las debidas al uruguayo Luis Morquio y el brasileño Carlos Moncorvo de Figueiredo. Había en ese tratado pediátrico francés más colaboradores argentinos que alemanes e ingleses.

La consolidación de una especialidad está señalada por la aparición de la asociación profesional correspondiente y una revista especializada. Celebramos hoy la fundación de la SAP hace un siglo (1911). En cuanto a las revistas pediátricas, en 1892 apareció la primera, los *Anales del Patronato de la Infancia. Revista de Higiene Infantil*. Durante sus dos primeros años estuvo dirigida por Emilio Coni y Manuel Podestá (se publicó hasta 1914 y fue perdiendo paulatinamente su carácter médico). Pronto, en 1897, apareció la *Revista del Hospital de Niños*, dirigida por el entonces director de la institución, Antonio Arraga. En 1905 comenzaron a salir los *Archivos Latinoamericanos de Pediatría*, que como su nombre lo indica eran un proyecto regional, en el que intervenían Argentina, Uruguay y Brasil y que estaba liderado por el núcleo que había colaborado en el *Tratado* de Grancher y Colby, con lo cual es claro que estos fenómenos eran manifestaciones del mismo circuito. La ascendencia francesa, sin embargo, pronto sería desafiada. Por ejemplo, en 1907, a su regreso de una estadía de dos años en Alemania, Ernesto Gaing propugnó la sustitución de las Gotas de Leche de Foster (un modelo francés) por lo que él llamó “boticas” de leche, que proporcionaban además alimentos semisólidos y que estaban inspiradas en las *Milchküche* de Alemania. El proyecto no prosperó, pero el episodio demuestra que ya aparecía en el horizonte la pediatría alemana, con su énfasis en la microbiología y la nutrición –el mundo

de Escherich, Finkelstein, Heubner, Czerny y otros–. Los pediatras argentinos viajaban ahora a Alemania, como Alberto Chattás, que se perfeccionó con Adalbert Czerny.

### La infancia “moderna” y la expansión de la pediatría

En los últimos años de la década de 1950 y la década de 1960, la pediatría argentina participó de la modernización que afectó todas las esferas del hacer, la sociedad y la cultura de nuestro país y del mundo. Algunas novedades son conocidas, tal como el fortalecimiento de la neonatología y el surgimiento de muchas sub-especialidades pediátricas. La estadía de Carlos Gianantonio en el servicio de Waldo Nelson en 1956 y 1957 fue un viaje iniciático no solo para una persona, sino para gran parte de la pediatría argentina, que a partir de entonces consolidaría sus vínculos con la medicina de niños de habla inglesa. El resultado de esto fue la creación de la residencia pediátrica en el Gutiérrez, en 1961. De estas tendencias nos interesa comentar la creciente aceptación del pediatra por sectores cada vez más amplios de la sociedad. En cierta medida, esto se debió a la dinámica propia del desarrollo de las especialidades médicas, que conlleva su expansión. Pero hubo otros factores, cuyo origen puede centrarse, con aproximación, en la segunda mitad de la década de 1950 y la primera mitad de la de 1960. La difusión y creciente aceptación del médico pediatra como un elemento más en la vida de las familias estuvo vinculada con el sostenido crecimiento de la cultura “moderna” de la niñez. Cada vez más y más las familias –por lo menos aquellas que pertenecían a los sectores medios– se organizaron en torno al niño y fueron tomando conciencia de sus necesidades emocionales y de salud.

Uno de los motivos del importante lugar que ocupó la pediatría en el imaginario social de la época fue la epidemia de poliomielitis del año 1956. En el editorial del número de febrero de ese año de *Archivos Argentinos de Pediatría*, se hablaba del “dolor y la angustia” que imponían “soluciones perentorias” y exigían de cuantos se acercasen solidariamente a sus víctimas “una generosa donación de sí mismos, sin la cual resultaría imposible rescatar vidas y reintegrarlas a la sociedad”. Acaso esta haya sido la última gran epopeya de la época heroica de la medicina. La acelerada introducción de la respiración mecánica y el éxito de las vacunas fue una demostración de la eficacia de la medicina “moderna”, en la que los pediatras tuvieron un papel muy destacado.

Simultáneamente, hubo en esa época un movimiento de renovación de la crianza de los niños, a tono con el ascenso de la “cultura psi” que fue tan fuerte entre nosotros en esos años. El público estaba ávido de leer revistas como *Nuestros Hijos*, cuyo mensaje popularizaba lo que en última instancia era una puericultura modernizada. Esta revista tenía muy buenos colaboradores pediátricos y hasta una sección titulada “Un caso clínico”. Se dice que la Escuela para Padres de Eva Giberti, que recogía sus artículos en *La Razón*, llegó a tener 30 ediciones. Como resultado de esta atmósfera social, los hijos de las familias más educadas ya no jugaban con revólveres sino con la gran variedad de juegos de construcción, cuya publicidad llenaba las páginas de *Billiken*. Esos chicos ya concurrían sistemáticamente al Jardín de Infantes (por lo menos a los cinco años) y en 1960 comenzarían a cantar las canciones de María Elena Walsh.

Fue esta niñez “moderna” –nuestra versión de la cultura del Dr. Spock– la que comenzaba a visitar de manera regular al pediatra, cuyo estereotipo era un amable señor de anteojos que a veces se excedía un poco en las indicaciones de amigdalectomía.

## CONCLUSIÓN

Hemos pasado por tres momentos en la historia de la pediatría: su constitución, su consolidación y su expansión, momentos en los que las dimensiones culturales y sociales se manifestaron no como una cuestión periférica o accesorio, sino como algo esencial a la naturaleza de la medicina infantil.

En su discurso de recepción a la Academia Nacional de Medicina, en 1989, Carlos Ginantonio señalaba: “La sabiduría comienza con la incredulidad y tiene una relación indirecta y marginal con la mera experiencia. Implica en realidad un fino balance entre el conocimiento científico y tecnológico, la cultura, la filosofía y el sentido común”. Pocos años más tarde, en un artículo de 1994 sobre salud infantil y pediatría, Gianantonio volvía a insistir en que la “psiquis, [la] cultura, [y la] sociedad” formarían parte integral de una “nueva visión del niño” que el pediatra estaba llamado a plasmar. Es precisamente esto, creo, lo que otorga a la pediatría el carácter de “intelección sensible” que alguna vez le atribuimos. Una intelección que deriva de la ciencia, que es fundamento del actuar médico, y una sensibilidad que deriva de la que es su primera y última razón de ser: el cuidado de la niñez. Quizás por ello, en un breve mensaje al Octavo Congreso Panamericano del Niño celebrado en Washington en 1942, Aráoz Alfaro, el inspirador de esta Sociedad Argentina de Pediatría, pudo afirmar, con elocuente parquedad: “Hace casi medio siglo que sirvo la causa de la infancia, con fervor y perseverancia”.

## Agradecimientos

Al Comité Organizador del Congreso del Centenario de la SAP, por su amable invitación a dar esta conferencia.

A las bibliotecarias del Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez y de la Sociedad Argentina de Pediatría, por su colaboración en parte de la investigación que subyace a este ensayo. ■